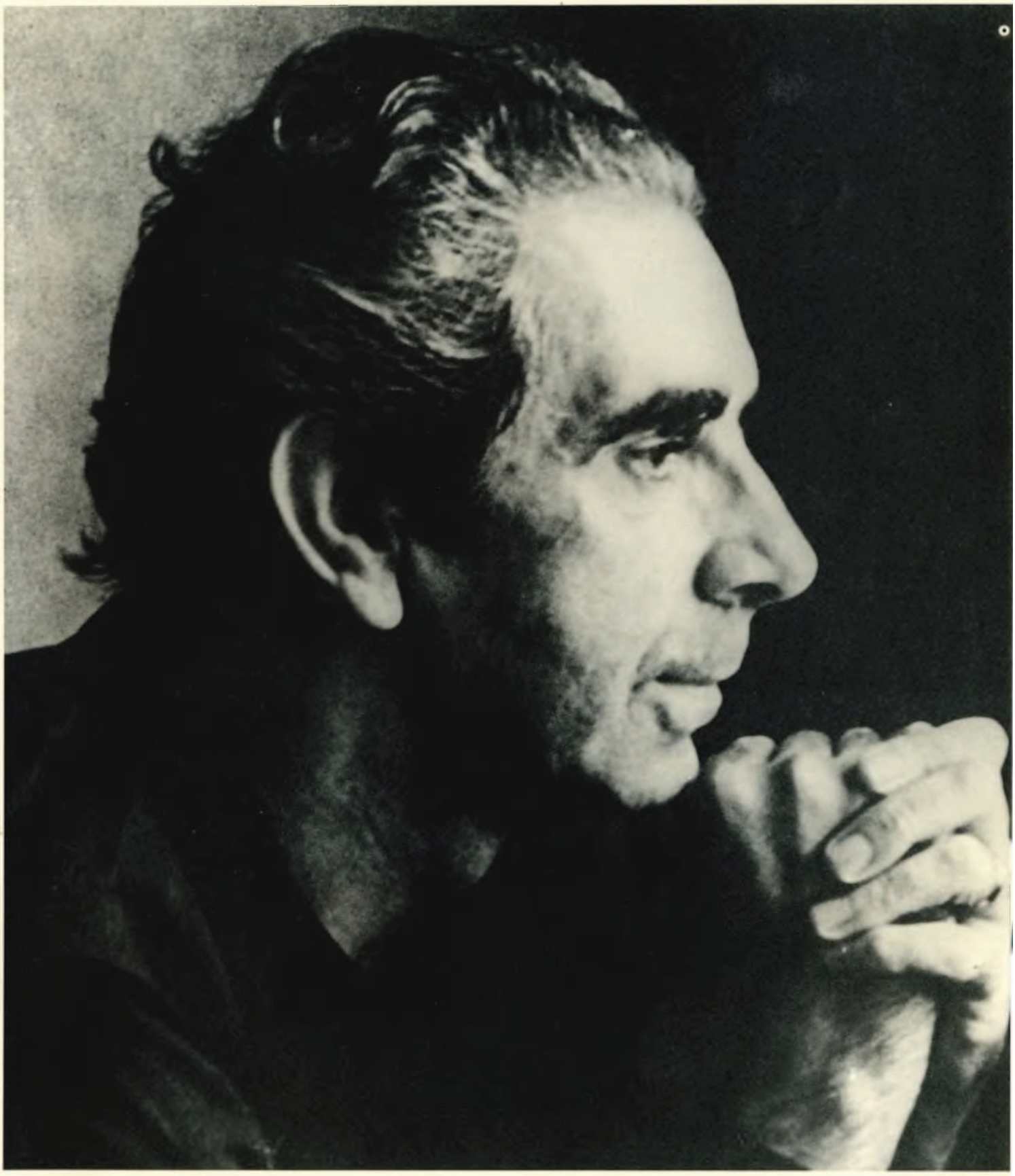

MITXELENA

MIGUEL PELAY OROZCO

La vida se había mostrado muy dura con él. Procedía de una familia modesta y sintió, ya desde chico, la afición por la lectura y el ansia de saber. Nobles inclinaciones ambas y que no le abandonarían con el paso de los años. Al contrario, las cultivó con fervor. Y en los distintos avatares que le tenía reservados el destino—algunos de ellos no muy gratos, por cierto—, además de enriquecerle culturalmente, fortalecieron su espíritu y le permitieron superar con la cabeza alta y sin desdoro de su dignidad, los muchos momentos difíciles que encontró a lo largo de su azarosa biografía.

A raíz de la Guerra Civil, tras de serle conmutada la pena de muerte a que fue condenado por su participación como gudari voluntario, *Koldo Mitxelena* hubo de pechar con largos años de prisión, con lo que ello conlleva de penalidades y miserias. Y fue en la cárcel, es decir, inmerso en esa institución que la sociedad tiene dispuesta de antiguo como óptima palingenesia para toda clase de enmiendas y remisiones (aunque suceda a menudo que incluso los delincuentes más cándidos y pipiolos se degradan en su seno rápida e irreversiblemente), fue en la cárcel, decimos, donde el futuro profesor comenzó a labrarse su preparación científica y profesional. El primer paso que dio *Mitxelena* en el mundo de la investigación y de la erudición fue el de profundizar en el conocimiento del euskera, para estudiar después, con todo aprovechamiento, otras lenguas, vivas y muertas, emprendiendo más tarde la carrera de Filosofía y Letras, que llevó a cabo sin encontrar el menor obstáculo. Es sabido que su tesis de Literatura resultó de una gran brillantez, asombrando al propio tribunal, que hubo de concederle el premio extraordinario. Hay que señalar que su tesis doctoral alcanzó, asimismo, la máxima puntuación.

La fama de *Koldo Mitxelena* proviene principalmente del campo de la lingüística, en el que llegó a adquirir un renombre tal que rebasó ampliamente nuestras fronteras, habiendo sido profesor de la célebre Sorbona parisiense. *Mitxelena*, no solamente fue nuestro primer lingüista, sino que creó buen número de vocaciones y seguidores en el País. En 1961 ingresó en Euskaltzaindia, sucediendo a *don Resurrección María de Azkue*. Cito el año porque todavía en aquella época se hilaba muy delgado y se tendía a marginar a todo sospechoso de vasquismo militante, y *Mitxelena* lo era por los cuatro costados. Un par de años después, ingresaría en la Academia de la Lengua, y en 1967 ganó por oposición la Cátedra de Lingüística Indoeuropea, de la Universidad de Salamanca. Años más tarde, en 1982, fue nombrado Doctor Honoris Causa de la Universidad francesa de Burdeos, y posteriormente, al jubilarse como catedrático de la Universidad del País Vasco, fue nombrado Profesor Emérito. Obtuvo, además, numerosos honores y galardones, tanto en nuestra tierra como fuera de ella.

Sin embargo, a *Mitxelena*, tales investiduras no digo que le trajeran sin cuidado, pero sí que no les concedía demasiada importancia. Estoy en disposición de hacer esta afirmación porque, hace unos años, en el tiempo en que me hallaba

escribiendo mi biografía sobre *Juan de Ajuriaguerra*, llevé a cabo una porción de entrevistas con diversos personajes, familiares, amigos y colaboradores del gran líder vasco, entre ellas, una—la última de la serie, creo recordar—con *Mitxelena*. Y resultó que, una vez concluida nuestra conversación, yo no tenía a mano los datos necesarios para elaborar, a modo de premio, una especie de currículo compendiado, tal como lo había hecho con todos o casi todos los demás entrevistados. Le pedí a *Koldo*—reiteradamente por cierto—que me los facilitara, pero en vano. Remoloneaba una y otra vez y no acababa de suministrármelos. Hasta que caí en la cuenta de que rehusaba hacerlo. No quería que apareciera nuestra interviú precedida de las dignidades y titulaciones que le habían sido conferidas a lo largo de su carrera (algunas de las cuales las he ido recogiendo con posterioridad a su fallecimiento y las doy a conocer en el párrafo anterior). Y así, desprovista de preámbulos laudatorios, apareció nuestra entrevista.

Pero hubo más.

Tengo que confesar que, como hombre obstinado que soy, no me di todavía por vencido y llegué a echar un vistazo al Espasa, en busca de información al respecto. Pero con gran sorpresa, me encontré con que no había una sola línea dedicada a *Mitxelena*. Es decir, a un hombre que gozó de una gran reputación profesional y científica, no ya entre nosotros, sino en el extranjero—hemos visto que incluso fue profesor de la histórica Sorbona francesa—. Semejante omisión despertó mi curiosidad e inmediatamente quise comprobar si otros grandes valores de la cultura vasca aparecían registrados en las páginas de la citada enciclopedia. Y mi sorpresa fue convirtiéndose en indignación, al no encontrar tampoco un solo renglón consagrado a don *Manuel Lekuona*, auténtico patriarca de nuestra cultura y de quien el País es tan afortunado legatario. Ni a *Justo Gárate*, ilustre publicista e investigador, con acreditada obra escrita y eruditas disertaciones en diversas ciudades y establecimientos culturales de Europa y de las dos Américas. Ni a *Tellechea Idígoras*, que, al margen de su importante faceta de historiador, de sus famosos estudios sobre Carranza y Larramendi y de su reciente y admirable biografía de San Ignacio de Loyola, es conocido en muchos centros universitarios europeos, habiendo pronunciado conferencias en Roma, Turín, Tours, Oxford, Angsbourg, etc. Ni a *Julián Ajuriaguerra*, autoridad mundial en neuropsiquiatría infantil, poseedor de numerosos doctorados honoríficos otorgados por Universidades de distintos países, próximos y remotos, y cuyos libros han sido traducidos a los principales idiomas de cultura. Ni a *Mañaricúa*, ni ... Aquí ya no quise seguir hojeando.

¿A qué pudieron obedecer tales exclusiones?—me pregunté—. Porque había casos, como el del *Dr. Gárate*, que hacían más patente la voluntariedad en que se incurrió, puesto que este relevante intelectual bergararra fue precisamente colaborador de la enciclopedia en cuestión. Concretamente del suplemento correspondiente al año 1934. Parecía, pues, obligado que en sucesivos suplementos o apéndices se nos diera, siquiera someramente, alguna referencia biográfica suya. Nada apareció, sin embargo. Ni una línea.

Tiempo después, reflexionando sobre estas omisiones extrañas—porque de nuestros futbolistas, boxeadores, ciclistas, etc, hay abundante noticia—he llegado a la conclusión de que el **apartheid** cultural ejercido por la Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana (vulgo Espasa), ha sido aplicado precisa y exclusivamente sobre aquellos intelectuales, artistas o científicos vascos que, por una razón u otra, no pasaron su reválida en Madrid. Y uno se pregunta quién se ocupa o se ha ocupado a lo largo de este medio siglo—porque antes de la guerra las cosas fueron diferentes—de informar a esta importantísima enciclopedia acerca de lo que ocurre en este viejo solar en el precio de la cultura y de la ciencia. Suponiendo, naturalmente, que la segregación no se haya decidido desde la cúpula del famoso estamento cultural.

En cualquier caso, el hecho claro es que, intencionados o indeliberados, tales «silencios» definen a sus responsables.

Mitxelena, con su gran prestigio, fue el principal propulsor del movimiento de unificación del euskera que se ha conocido con el nombre de **batua**, cuyo objetivo principal era la creación de un idioma literario, y con el que algunos no estuvimos de acuerdo. Aclararé que la idea de la unificación me pareció entonces y me sigue pareciendo hoy, muy provechosa y hasta necesaria para el pleno desarrollo de nuestra lengua. En lo que discrepaba y continúo discrepando es en la orientación que se dio a tal movimiento. Pero de todo esto hablé—escribí—en su momento y no he querido seguir insistiendo, en parte, por no oponerme a una tendencia muy mayoritaria, y en parte también, por confiar en que el tiempo—y con él las experiencias recogidas—generará no pocas rectificaciones. En cualquier caso, consignado este disentimiento con *Mitxelena*—conocido, por otra parte, de todos—, tengo que decir que no por ello se aminoró en un ápice nuestra amistad ni el respeto que siempre me pareció por su erudición y por su limpia ejecutoria. Y en esta hora suprema de los inventarios, quiero proclamar asimismo que su aportación al acervo cultural vasco ha sido importantísima, y que su desaparición ha representado una gran pérdida para el País.

Finalmente, y al margen de la cultura, que fue el eje de sus actividades y desvelos, he de resaltar también en *Mitxelena*, la firmeza, la lealtad a unos ideales por los que, como se ha dicho, luchó y pagó un precio muy alto, sufriendo con dignidad prisiones, injusticias y postergaciones sin cuento. Y es que *Koldo Mitxelena* fue, después (o antes) de todo, un abertzale íntegro, riguroso e irreductible.

Agradezco a la dirección de OARSO, de esta Revista de la que fue colaborador de excepción el ilustre profesor renteriano, el haberme fijado precisamente este tema que me permite rendir un emocionado homenaje al vasco ejemplar que fue—y que sigue y que seguirá siéndolo, porque las ejemplaridades se perpetúan para bien de los pueblos—*Koldo Mitxelena Elissalt*...